



CUESTIONES EN TORNO A LA MISA

La Misa de Cristo en el Cenáculo

(Continuación.)

POR FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL



TODO estaba en su sitio. Crepitaban los candelabros recién encendidos, y las sombras de los discípulos se movían en los muros proyectadas por una lumbré amarillenta y débil. Era la noche del jueves de la gran semana. Las calles de la ciudad santa hervían de genté; pero Jesús había querido buscar el silencio íntimo de aquel amplio salón, que iba a ser el primer templo cristiano. Un silencio agorero, una honda emoción, un amargo presentimiento sobrecogían los

ánimos. Durante las últimas horas el Maestro había hablado con una gravedad, con una insistencia, con una violencia mayores que nunca. Ahora empezó con estas palabras solemnes, que revelaban en El un inmenso deseo, un plan largamente meditado, de ser hecho Hostia de redención y pascua de amor para todos los suyos: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosofros antes de morir.» Era aquella la ocasión más solemne de su vida, la hora más codiciada de su corazón. Habló luego de la